

ban en ella y se extendian ya á izquierda y derecha, por el portal de Hidalgo y la calle de San Nicolás.

Los liberales habian logrado penetrar por el parapeto referido, en los momentos mas críticos para los sitiados, de la manera que voy á dar á conocer. La fuerte columna de ataque, lanzada sobre la plaza por aquel punto, logró situarse á muy corta distancia del perímetro fortificado, á causa de los accidentes del terreno; y una vez colocada á la inmediacion de la línea de defensa, se arrojó resueltamente á tomar el parapeto, trabándose bien pronto un terrible combate con la corta fuerza que defendia el punto. Los asaltantes, haciendo esfuerzos supremos para conseguir su objeto, acometian denodadamente á sus contrarios. Estos, no menos bravos que los que procuraban tomarles la trinchera, resistian heroicamente el terrible choque; pero siendo imposible contener á sus contrarios, despues de haber hecho extraordinarios esfuerzos para mantenerse en el punto confiado á su valor, se vieron precisados á abandonarlo. Alentados los asaltantes con esta ventaja conseguida, ocuparon el colegio contiguo de las Rosas, y siguieron su marcha hasta penetrar en la plaza de Armas, en el ángulo que forman las calles del Jazmin y San Nicolás, batiéndose en retirada los imperialistas, cubriéndose con los pilares de los portales de la plaza. En esos momentos críticos para los sitiados, llegó por otro extremo de la plaza, el general Don Leonardo Márquez, en la misma direccion por donde aparecieron los asaltantes, dirigiéndose velozmente por las calles del Comercio, Santa María y la Merced, al parapeto que estaba levantado en la calle de Ancon, donde el coronel imperialista del 1.º de

línea, Don Juan Torres, estaba rechazando á sus contrarios que, una vez en la plaza, volvieron sobre su derecha y batian por la espalda el mencionado parapeto. El general Don Leonardo Márquez tomó en esos instantes una reserva de veinte hombres del mismo 1.º de línea, y la condujo, atacando á sus contrarios por las calles de la Merced, del Tesoro y de San Nicolás, obligándoles á replegarse hasta la que desemboca á la plaza de Armas, por donde habian penetrado á esta. Una parte de las fuerzas republicanas quedó cortada entonces, por haber ocupado el Portal de Matamoros, á donde la detuvo y batió el comandante de escuadron Don Bartolomé Ballesteros con una parte de la misma reserva que le acompañaba al general Don Leonardo Márquez, y las otras fuerzas liberales se retiraron disputando el terreno á los imperialistas hasta llegar al parapeto por donde habian roto la línea de defensa. Allí se detuvieron nuevamente los republicanos, sosteniéndose por espacio de tres cuartos de hora, apoyados por el nutrido fuego con que les protegía la fuerza que ocupó la altura de las Rosas cuando fué forzada la línea imperialista.

En esa persecucion de los asaltados á los asaltantes desde la plaza de Armas hasta llegar al parapeto por donde habian entrado y en que, como he dicho, se detuvieron protegidos por el fuego de los que ocuparon la altura de las Rosas, fué herido, al llegar al ángulo que hacen las calles segunda de los Jazmines y del Coliseo, el caballo que montaba el general Don Leonardo Márquez, así como el de su secretario Don Agustin Piquero y el del comandante de escuadron Don Bartolomé Ballesteros, á

quien el general Márquez habia dado orden de que llevase prontamente á aquel sitio del combate, la primera reserva que encontrase mas inmediata. Mientras el general Márquez montaba otro caballo y llegaba la reserva que necesitaba, su fuerza siguió avanzando sobre los republicanos hasta cierta distancia, en medio de una lluvia de proyectiles, que lanzaban desde los puntos que ocupaban todavía en ese rumbo.

En los momentos en que el general imperialista Don Leonardo Márquez encallejonaba, por decirlo así, á los asaltantes en la calle de los Jazmines, se le incorporó el comandante general de artillería, coronel Don Manuel Ramirez Arellano, dándole parte de haber sido rechazado el asalto en el parapeto de la calle del Prendimiento, en donde los asaltantes no pudieron resistir los estragos de la metralla. Contento con esta noticia, ordenó el general Márquez á uno de los ayudantes, que mandase repicar las campanas y que las músicas de los batallones tocasen diana, que en Méjico es la señal de victoria, lo cual se ejecutó inmediatamente, aumentándose con esto el entusiasmo de los imperialistas. En esos momentos llegó á la bocacalle de los Jazmines el teniente coronel de artillería Don Ignacio de la Peza, con una corta reserva de la columna del 2.º de infantería que estaba en San José. El general Márquez, con el fin de desalojar á los contrarios del colegio de las Rosas en que permanecian y del parapeto contiguo, previno al comandante general de artillería que hiciese trasladar un obus de montaña que estaba en batería en otro parapeto, á la calle de los Jazmines; para apoyar desde allí á los soldados del

1863.

Diciembre.

1.º y 2.º de infantería de línea, que debian desalojar á los asaltantes del punto en que resistian. La pieza llegó con extraordinaria prontitud, y el general Márquez, queriendo aprovechar los momentos, confió al mismo comandante general de artillería D. Manuel Ramirez Arellano la fuerza de reserva, quien marchó con ésta por el portal de Hidalgo, y las calles de Olmo y Coliseo. En el extremo de esta última, se reunió con la que mandaba el teniente coronel del 2.º de línea D. Juan de B. Rodriguez, á la vez que el comandante de escuadron D. Bartolomé Ballesteros llegó al mismo punto conduciendo otra reserva de veinticinco hombres de este cuerpo, y que mandaba el teniente Don Mariano Martinez. Juntas estas fuerzas, cargaron resueltamente sobre los republicanos, en los momentos en que el general Márquez marchaba por el frente sobre los mismos puntos que se anhelaba recobrar, y que el coronel del 2.º de caballería Don Francisco Lemus cargaba con una parte de su cuerpo por el flanco izquierdo de los contrarios. A un tiempo llegaron las expresadas fuerzas imperialistas á la plazuela de las Rosas, y no pudiendo las tropas juaristas resistir su choque, emprendieron la retirada en bastante desorden, aunque despues de haberse batido valientemente, quedando los imperialistas dueños del colegio de las Rosas y del parapeto, y haciendo á sus contrarios un número considerable de prisioneros.

Inmediatamente dió el general Don Leonardo Márquez las órdenes correspondientes al teniente coronel D. Juan Vélez, comandante del 2.º de línea, para que guarneciera nuevamente los puntos recobrados, á fin de ponerlos en estado de repeler cualquiera otro ataque que intentasen los republicanos.

Los defensores de la plaza, saliendo de sus trincheras al desalojar á sus contrarios del punto de que se habian apoderado, les fueron picando la retaguardia, hasta hacerles pasar al otro lado del rio Grande.

En ese combate en que las tropas de ambos partidos combatieron con igual valor, murieron, pertenecientes á las filas imperialistas, el capitan del 1.º de infantería Don Gregorio Gonzalez, que mandaba la reserva de su cuerpo, el teniente del mismo Don Francisco Gonzalez que iba á las órdenes de aquel, y el teniente del 3.º de línea D. Miguel Coronado.

Mientras las columnas asaltantes quedaban rechazadas por esos dos puntos, la lucha se hizo mas terrible por el resto de la línea de defensa que tambien habia sido asaltada por diversos lados con decidido arrojo. Los parapetos construidos en las calles de Soterraña y la del Santo Niño, el primero al Sur y el segundo al Oeste de la plaza, fueron asaltados con ímpetu terrible por una columna republicana, no menos numerosa que las mencionadas. Los imperialistas hicieron esfuerzos inauditos por resistir el brioso choque; pero al fin tuvieron que ceder el punto á sus contrarios. El general Don Leonardo Márquez, en el momento en que recobró el colegio de las Rosas y el parapeto contiguo, voló al nuevo punto por donde, como he dicho, los asaltantes habian roto la línea de defensa, acompañándole sus ayudantes los comandantes Don Mariano Cirat y D. Bartolomé Ballesteros, así como su secretario D. Agustin Piquero y el empleado de la subintendencia mejicana D. Francisco Toussau. Al llegar á la esquina de la Merced, encontró perdidos los parapetos de las calles de

la Soterraña y la del Santo Niño, así como las manzanas en que ambos se apoyaban, y la altura de la fábrica de tabacos. Todos estos puntos habian sido defendidos con admirable denuedo, y en ellos habian perecido, antes de abandonarlos, muchos de sus valientes defensores. En la altura de la fábrica de tabacos, pereció, luchando con extraordinario brío, el capitan de caballería D. Epifanio Castañeda, ayudante del general Don Carlos Oronoz. En el mismo lugar fué herido gravemente el teniente coronel del 5.º de caballería D. Fernando Nieva, que murió dos dias despues.

1863. Diciembre. Dueños los republicanos de aquellos puntos que habian ganado valientemente, se batian desde ellos con extraordinaria bizarría, pretendiendo avanzar en direccion del centro del perímetro fortificado.

Con la prontitud que exigia la angustiada situacion en que se hallaban los defensores de la plaza, mandó el general D. Leonardo Márquez llevar á aquel punto una reserva de veinticinco hombres del 1.º de línea y otra del 2.º: con ellas, el coronel Don Gerónimo Casarrubias, militar valiente y de serenidad imperturbable, logró desalojar á los republicanos del parapeto de la calle del Santo Niño, y les siguió batiendo en las alturas de la fábrica de tabacos y en el parapeto de Soterraña, donde se sostenian los juaristas combatiendo con denuedo, sin retroceder un solo palmo de terreno y manteniendo un fuego nutridísimo y mortífero que barria incesantemente las calles de la Soterraña y de la Esperanza. A consecuencia de este nutrido fuego hecho por la fuerza republicana, quedó abandonado

un cañon de á 8 de los imperialistas que, con el fin de desalojar á sus contrarios del punto que ocupaban, habia mandado el general Márquez poner en batería en el extremo de la calle de la Esperanza, que está al rumbo del Sur. El destructor fuego de los asaltantes mató á todas las mulas que arrastraban el cañon y puso instantáneamente fuera de combate á la mayor parte de los artilleros. D. Leonardo Márquez temió que los asaltantes lograsen avanzar algo mas y se apoderasen del cañon abandonado. Para evitar que así sucediese, previno al comandante general de artillería coronel Don Manuel Ramirez Arellano, que no perdonase esfuerzo ninguno para retirarlo. Sin pérdida de momento marchó el expresado coronel Ramirez Arellano á ejecutar personalmente la disposicion con una serenidad y arrojo admirables, consiguiendo, en union de varios de sus soldados, y en medio de una lluvia de balas, retirar á brazo el cañon, poniéndolo en seguida en batería en el extremo del Norte de la calle de la Esperanza. Verificado esto, el capitan de artillería Don Francisco Rodriguez batió con buen éxito para los imperialistas, á los asaltantes que ocupaban el parapeto de la calle de la Soterraña y las alturas colaterales.

Al ataque simultáneo de la calle del Prendimiento, de las Rosas y de la calle de Soterraña que he dado á conocer, correspondió tambien el del parapeto de la segunda línea que cerraba la calle de la Primavera, al Sur de la plaza. En los momentos en que los sitiadores rompian la línea de los sitiados, por las Rosas, lograron asaltar el parapeto que cerraba la calle de la Primavera, cargando sobre él, como en todas partes, con resolucion y denuedo, á

la vez que amagaban los parapetos que cortaban las calles de Capuchinas y del Baluarte. Los defensores del parapeto de la Primavera, que era una corta fuerza de infantería, tuvieron que hacer heróicos esfuerzos para contener el ataque hasta llegar á la fuente que salta en la plazuela inmediata, en donde, al abrigo de este obstáculo, siguieron resistiendo el empuje de sus contrarios que se esforzaban por avanzar en la direccion del centro del perímetro de la fortificacion. El vigoroso esfuerzo con que los republicanos atacaron por este punto, se desprende de un hecho que aconteció en los primeros instantes del asalto. El capitan del 3.º de infantería Don Celestino Araujo, cubria con su compañía varios parapetos de este rumbo: al oír el fuego por uno de ellos, se dirigió prontamente á ver lo que en él sucedia, pasando, acto continuo, al que cerraba la calle de la Primavera. Cuando llegó á la trinchera de ésta, en vez de recibir el parte de su subalterno, fué hecho prisionero por los republicanos que ya habian ocupado la citada trinchera. El referido capitan Araujo, jóven de valor y de espíritu, haciendo un esfuerzo supremo, logró desprenderse de los que le habian asido, y volvió prontamente á ponerse á la cabeza de su tropa que estaba conteniendo los avances de los asaltantes. Al oír el nutrido fuego con que empezó el ataque de aquel punto, el general imperialista D. Ignacio Gutierrez ordenó al coronel D. Gerónimo Casarrubias, jefe de la línea amagada por aquel rumbo, que se trasladase con celeridad al punto donde era mas encarnizado el combate de los asaltantes y de los defensores, recomendándole que sostuviese empeñosamente el tiempo necesario para que él pudiese auxiliarle con la reserva

mas inmediata. El coronel Casarrubias, cumpliendo inmediatamente con la orden, se dirigió al parapeto de la calle de la Primavera que encontró ya ocupado por los asaltantes. Entonces llevó, prontamente, en su auxilio, un piquete del 4.º de infantería de línea que mandaba el teniente D. Francisco Quesada en el parapeto de la calle del Baluarte. Con esta fuerza siguió disputando el paso á sus contrarios, obligándole á permanecer en el punto que habia ocupado, sin permitirle avanzar ni un solo palmo de terreno.

Entre tanto, el general D. Ignacio Gutierrez marchó inmediatamente en busca de una reserva, y habiendola encontrado en la plaza de San Agustin, y dando aviso al general D. Leonardo Márquez de lo que pasaba por el rumbo de Capuchinas, puso éste á su disposicion cien hombres de la reserva del 4.º batallon de línea, con cuya fuerza volvió en auxilio de los que disputaban el paso á los asaltantes.

Al llegar el general D. Ignacio Gutierrez con el auxilio á la plazuela de Capuchinas, el coronel D. Gerónimo Casarrubias mandó cargar á la bayoneta sobre los republicanos, quienes, no obstante el valor con que combatieron, se vieron al fin desalojados de aquel punto, despues de un combate reñido y sangriento.

En los momentos en que en los puntos ya mencionados lograban los defensores de ellos rechazar á sus contrarios, los republicanos se lanzaban tambien al asalto por otros sitios importantes. La columna republicana que desde las primeras horas de la mañana ocupó la plaza de San Juan, la iglesia del mismo nombre y el panteon contiguo á ella,

permaneció en estos puntos, al abrigo de los obstáculos de que pudo disponer. Iniciado el combate por las demás partes en que se sostuvo encarnizadamente, pretendió cargar por dos veces; pero el general imperialista D. Agustín Zires, logró rechazarla, haciendo sobre los asaltantes un fuego certero con un cañon de á 8 que estaba á cargo del capitán segundo de artillería D. Francisco Gutierrez. En consecuencia, la columna sitiadora permaneció en inaccion por este punto la mayor parte del tiempo que duró el asalto de la plaza, viéndose colocada en la dura situacion de no poder atacar ni retirarse.

Por los parapetos que cerraban las calles del Rio y de la Misericordia, al Norte de la plaza, el ataque fué igualmente simultáneo con el de los demás puntos. Hacia esa parte del perímetro fortificado, los sitiadores atacaron con el mismo brío y resolucion de que dieron abundantes pruebas en otros lugares; pero sus esfuerzos, aunque extraordinarios, fueron nulificados por las acertadas precauciones del general Don Agustín Zires y del coronel del 2.º de línea Don Ramon Mendez. El interior de la manzana que forman ambas calles, fué defendido con bizzaría por una fuerza del 2 de infantería de línea que mandaba el comandante de batallon Don José M. Vilchis, y por veinticinco ^{1863.} hombres del mismo cuerpo que cubrian la al-
Diciembre. tura de la calle de la Misericordia. Al atacar los asaltantes por este punto, llamaron la atencion de los defensores de la plaza, haciendo grandes esfuerzos por las calles del Rio y de la Misericordia, á donde fueron rechazados por la infantería que defendia los parapetos, y por la metralla que alternativamente y sin interrupcion lan-